

Marx como fin y como excusa. Una crónica de las “Jornadas Marx” de Sociología

Cecilia Rossi

Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina

Entre el 5 de mayo y el 8 de noviembre de 2018 se desarrollaron en la carrera de Sociología las Jornadas “Marx 2018. El Bicentenario”. Constaron de diversas instancias: la apertura con una jornada de cine y teatro, el desarrollo durante todo el año de más de setenta clases abiertas y la realización de una serie de actividades los días 6, 7 y 8 de noviembre entre las que se contaron “la posta marxiana. Maratón de lecturas”, una mesa en la que veintidós expositores hicieron una presentación sintética de una obra de Marx, sesiones de presentación y comentarios de ponencias, encuentros de reseñas de libros “en vivo”, el desarrollo de un seminario y el cierre con un panel sobre la Comuna de París, en el que la filosofía, la política y la fotografía se conjuraron para enriquecer las miradas sobre un acontecimiento tan significativo. Las líneas que siguen, pretenden dejar una crónica y una reflexión sobre la movilización de la que fuimos parte.

Él y nosotrxs: ¿por qué Karl Marx?

Karl Marx no fue sociólogo y sin embargo es uno de nuestros “clásicos”. Tampoco creó la Sociología y es, no obstante, uno de nuestros “padres fundadores”. Tal vez, el desarrollo de las “Jornadas Marx” -con sus múltiples encuentros, actividades, reflexiones y debates- hayan sido un ensayo de nuevas preguntas (y eventuales respuestas) en torno de nuestra propia práctica, tomando como “excusa” nuestra relación con Marx, convirtiéndolo en un foco problematizador: ¿por qué Marx? ¿Qué nos aporta? ¿Por qué nos sigue conmoviendo? ¿Por qué su obra sigue encerrando la potencia del conocimiento que se pone en acción? ¿Tiene vigencia su pensamiento?

Tal vez lo que hizo Marx se trató, justamente, de sembrar nuevas preguntas y de pensar los modos de resolverlas en la práctica (consciente, propia y colectiva) y tal vez por eso, también, las jornadas pusieron en evidencia la necesidad de llevar adelante un proceso de reconocimiento (como un volver a andar los caminos abiertos) que supone siempre una actualización. Y tal vez allí, finalmente, radique la actualidad de Marx.

Aquellas preguntas y la agudísima lectura de diversas corrientes de pensamiento, llevaron a Marx a pensar la sociedad como una existencia actual y una potencial, y que por tanto puede devenir distinta; a reconocer luego de largos recorridos -y probablemente sin abandonar nunca a Hegel- que el hombre “es el conjunto de sus relaciones sociales”, que el hombre es el productor de su propia vida mediante el trabajo, que el hombre es “actividad sensible”. Pero ese no fue un punto de partida, sino, por decirlo de alguna manera, un primer punto de llegada. Marx fue democrático, liberal, popular y creyó en la posibilidad, con Hegel, de la realización de la razón, de la libertad, en el Estado. Militó por esa posibilidad en sus primeros escritos periodísticos, hasta que la propia realidad se dio de bruces con aquella supuesta potencia. Y entonces Marx fue revolucionario y puso en cuestión aquella emancipación política anclando en el reconocimiento de las “fuerzas propias” la posibilidad de la “emancipación humana”; y pudo pensar la historia trascendiendo los límites nacionales. La “revolución total” como superación de la “revolución parcial”, meramente política, el trabajo enajenado como causa de la propiedad privada que la economía política daba -y sigue dando- como un hecho (casi como un axioma indiscutible) y la cooperación como una forma necesaria de vida entre los hombres pero que se vuelve un poder ajeno y hostil que lo domina, son diversos momentos en la búsqueda de los “cómo” y los “por qué” la sociedad no puede desplegar conscientemente todas sus potencias. Y cuando el conocimiento parecía acabado, moldeado, la propia historia volvía a darle un mentís y vuelta a arrancar.

En ese desarrollo, Marx también arribó al sujeto que puede transformar la sociedad en una asociación consciente de individuos libres: el proletariado, los y las que producen la vida y no les toca sino padecerla. Y siguió su búsqueda, que también fue política y militante. Dio con el capital, las clases, el Estado. Fundó la primera internacional. Siguió de cerca los acontecimientos de la Comuna de París y volvió a reflexionar sobre el Estado. La construcción de una minuciosa crítica que si bien no es idéntica a lo largo de su vida, no deja de mostrar una arista tal vez olvidada que remite no a lo canonizado sino a un modo: la lectura de los otros, el análisis minucioso, agudo, lúcido y en muchas ocasiones, la superación de esos planteos. Y eso es, tal vez, lo que nos sigue conmoviendo. La explotación del hombre por el hombre persiste, muchos de los planteos con los que debatió también, retornando algunos de ellos con más ímpetu doscientos años después; lo mismo que formas de barbarie que actualizan los extensos informes sobre la situación de los obreros en los centros industriales, el trabajo infantil, etc. Tal vez de lo que se trate

es descubrir las nuevas formas en que se presenta la misma realidad y arribar a una praxis que permita su transformación. Marx nos lega -tensionando y hasta negando el inicio de estas líneas- una “sociología de la potencia”. ¿Tiene la sociología algo que hacer con ello? Creemos que sí: conocer para transformar.

Nuestro homenaje: el trabajo colectivo

Mirado retrospectivamente, un homenaje a Marx no podía ser de otra manera. Podríamos haber homenajeado a Marx de manera folclórica pero lo hicimos de una manera distinta de la que suele seguirse en estos casos. Pusimos todo en movimiento. Cuando miramos el camino transitado, la experiencia colectiva, descubrimos algo que estuvo presente en los planteos iniciales del proyecto, pero que lo superó con creces. La forma que tomaron las Jornadas no fue casual: al tiempo que hablar de Marx se tornaba insoslayable quisimos abrir la participación, de algún modo democratizar la palabra, invitar a todos los compañeros a socializar sus conocimientos. Habitualmente (y es probable que esté bien que así sea) se convoca a investigadores consagrados a exponer sus hallazgos, lecturas, impresiones e interpretaciones; aquí preferimos un camino distinto: que cada quien que sintiera que tenía algo para decir, para aportar, hiciera su propuesta y participara. Y así fue. Más de cien expositores en diversas dinámicas constituyen, de por sí, un hecho político. Probablemente, no obstante, fue la propuesta de los “minicursos” la que más sedujo y convocó a las y los docentes de nuestra carrera -también de Comunicación, Ciencia Política y Trabajo Social- a formar parte de unas jornadas que devinieron permanentes a fuerza de esta enorme participación.

Los “minicursos” consistían en una clase de la asignatura en la que cada docente trabaja -en cualquiera de sus instancias, teóricos o prácticos; independientemente de la jerarquía de los cargos y para todos y todas las docentes abordara o no a Marx en sus programas- dedicada a Marx (el marxismo o sus lecturas) y abierta a la Comunidad. De este modo, la otra novedad es que tomamos como escenario principal los propios cursos de la carrera de Sociología. Se trataba de abrir nuestras clases, los habituales encuentros entre docentes y estudiantes a quienes quisieran participar. Efectivamente hubo una dimensión “epistemopolítica”, por llamarla de algún modo, que dejó en el centro nuestro principal espacio de encuentro, producción e intercambio, nuestra principal razón de ser en tanto universitarios (seamos docentes o estudiantes) que son las aulas. Efectivamente no podía ser sino en la redinamización de esos espacios que construyéramos, colectivamente, nuestro homenaje a tamaño pensador.

En el transcurso de lo que a esta altura puede denominarse “el año Marx de Sociología”, irrumpieron prácticas que cuestionan “lo académico” pero que no lo anulan, sino más bien por el contrario, dotan a lo académico de la necesaria praxis que supone someterlo todo a la crítica, siempre radical, de nuestros estudiantes. Más de setenta minicursos se extendieron a lo largo de los meses que fueron entre el 5 de mayo y el 8 de noviembre. Sintéticamente, pues, se destacan dos características: la primera es la extensión en el tiempo y la segunda, el nivel de participación; porque fueron cientos de personas movilizadas en estos encuentros. Pero no se agotan allí las “novedades”, las Jornadas “Marx 2018. El Bicentenario” fueron propuestas a la Carrera de Sociología con la idea de poner en movimiento el colectivo y volver a ocupar el espacio del debate, de la reflexión y de la producción que casi por definición debe ocupar la carrera, y se convirtieron en las primeras jornadas de la carrera por fuera de las tradicionales “jornadas de Sociología” que de modo bianual tuvieron doce ediciones. La propuesta partió de un diagnóstico sencillo, casi obvio: necesitamos poner en práctica, ensayar aquello que criticamos desde la teoría; la atomización, el desinterés por lo colectivo también nos llegan como parte de una Sociedad que está pasando por momentos de desintegración aún mayor de los lazos de solidaridad. Las Jornadas Marx fueron las primeras. Trabajemos para que no sean las últimas.

El día del natalicio: una apuesta artística

El 5 de mayo de mayo de 2018, el natalicio en cuestión convocó a la experiencia cinematográfica, la performance y el teatro. En una amplia convocatoria, en primera instancia y en el aula 300 del ala Santiago del Estero, la jornada invitó a compartir el reciente filme francés, El joven Karl Marx que -en una apuesta narrativa fiel que puso a sus protagonistas, Marx y Engels, en pareja correspondencia con sus compañeras Jenny von Westphalen y Mary Burns, respectivamente- enfoca un período de la vida de Marx no siempre justipreciado en términos biográficos, pero de una indudable riqueza. Estilizada y con algunos pasajes obligados, la película se centra en una etapa signada por el vértigo de una biografía móvil y ajetreada con los pasos de frontera -a menudo en contra de su propia voluntad- en Europa continental. Cosecha, con elegancia, un recorrido por un perímetro oscilante, que sus protagonistas están dispuestos a romper, entre los límites del socialismo alemán (Weitling) y los de su contraparte francesa (Proudhon) dando un seguimiento prolijo a los acontecimientos que forjarán, hasta fines de los años de 1840, una identidad que perseguirá y una buena medida definirá a Marx: la condición de exilado. No sólo de la aletargada y disgregada geografía alemana, sino de también de la institución cuya ciudadanía le sería negada en vida: la universidad.

En el mismo espacio de proyección de la película, los artistas Rodolfo Marques y Rodolfo Sousa Ortega, presentaron al público una plaqueta impresa en Xerox tamaño A9 con el título “Marimarx”, una performance en la que procuraban yuxtaponer a Marx y el problema de la alienación con la novela mexicana “Marimar” -una campesina pobre que luchaba por su tierra contra un

típico terrateniente- en tanto mezcla y posibilidad de interpretar la cultura pop de la telenovela con los planteos marxianos. Interpelando a través de un formato novedoso y atractivo por su, economía y creatividad, resultó un gran aporte a una jornada que iniciaba prometedora y que su despliegue confirmaría.

Un segundo momento ofreció un asalto provocativo a las sentencias y diatribas marxianas, cernidas en una empresa de improvisación que convocó a los espectadores a dejar esa condición previamente experimentada, para sumergirse en la múltiple experiencia de la apuesta actoral. La performatividad de una crítica que dejó las canónicas formas de veneración o repulsa, para dar lugar a un movimiento disruptivo que, casi como ironía, sólo una máquina de improvisación, como experiencia colectiva y singular podía sacudir, incluso cuando fueran las propias máquinas, en los dichos de Marx, las que engranan la dinámica social del orden capitalista. La fábrica de Lamborghini. Máquina de improvisación dirigida por Andrés Mangone y con la participación de una decena de actores y actrices hicieron del aula 07 del ala Humberto Primo, un espacio en el que los participantes experimentaron la conmoción de la propuesta.

Por último, un tercer momento permitió alzar la voz por el sobre el cuerpo, en la vívida interpretación que nos regaló Héctor Bidonde, para quien las dimensiones del Auditorio de la Facultad que ofició de sede, dejaron de contar como espacio y permitieron trocarse en tiempo. Marx en el Soho, de Howard Zinn, dio un sentido amplio, evitando los pecados del anacronismo, a la actualidad de Marx, a su pertinaz recurrencia e irreverente actualidad. En la minimalista danza de un reflector, un atril y un micrófono, el escenario perdió su extensión, frente a la policromática expresión de Bidonde, cuyo relieve actoral no sólo dejó presente su experiencia escénica, sino el tenor y alcance de su compromiso político.

Sin ningún subsidio, ni presupuesto, la convicción y generosidad de estos artistas hizo posible una jornada que fue convocada desde la esperanza que, parafraseando a Howard Zinn en su prólogo a la obra, estas actividades y este homenaje iluminaran no solo la época en la que Marx vivió y su lugar en ella, sino fundamentalmente nuestra época y nuestro lugar en ella. A todos y todas las participantes, colaboradores y compañeros y compañeras asistentes, nuestra enorme gratitud.

Todos nuestros Marx. De mayo a noviembre

Desde el natalicio, las “Crónicas Marxianas” -nombre que llevó el segmento de los “minicursos”- hicieron que las Jornadas se tornaran permanentes. Desandadas en dos cuatrimestres, llegaron a noviembre concentrando en tres días (del 6 al 8) varias actividades que intentaron dinamizar nuevamente las trilladas sendas de los ritos académicos. Desglosadas en una lectura múltiple, continuada, el formato de maratón de lectura -actividad convocada bajo el título “la posta marxiana”- permitió una sucesión de aproximaciones, en la voz de distintos miembros de la Facultad, con abordajes concisos y enfocados en un texto de Marx, desde los cuales fue posible recrear un horizonte de análisis y preocupaciones políticas que vertebraron su vasta producción.

En esos días se sumaron un seminario sobre elementos teórico-metodológicos para el estudio de la clase obrera, una conferencia y un conjunto de reseñas en vivo de obras de autoría local y regional, donde lectores y autores tramaron un diálogo que puso en evidencia los meandros en que se abre la semiosis casi infinita que depara una obra, desafiando tanto la labor de escritura como la de lectura, y de la que Marx fue un ejemplo de múltiple originalidad y proyección. Acompañada de la presentación de un libro, una amplia sesión de ponencias permitió exponer las recepciones cruzadas en diversas temáticas y disciplinas que la obra de Marx supo nutrir y desde las cuales los expositores ejercitaron lecturas que mostraron la pertinaz renovación exegética que su legado reclama y que ni siquiera una larga centuria pudo adormecer. Finalmente, en el marco de un panel sobre la Comuna de París que ofició de cierre, los expositores brindaron un análisis de los acontecimientos y el movimiento conceptual desde el que se forjó el convulsionado siglo XIX, que se coronó con una novedosa exploración del dispositivo fotográfico como particular forma de testimonio y registro que, tanto desde la insurgencia como desde el orden estatal, forjó una nueva mirada y aproximación a la novedad que la lucha de clases introducía en el seno de una crisis capitalista que hacía nuevamente foco en la «ciudad luz».

Sin dudas, numerosas manos hicieron posible esta empresa. Muchas voluntades y una enorme necesidad de participación e involucramiento en iniciativas de estas características se conjugaron para que, además, estas jornadas se desarrollaran en un año signado por la lucha de los y las docentes y estudiantes universitarios y de la comunidad educativa de conjunto, en defensa de nuestros salarios y el presupuesto como una forma concreta de garantizar el derecho a la educación pública, gratuita, laica y de calidad. El trabajo organizativo fue arduo y hubiera sido más sencillo suspender la actividad académica y sin embargo dimos sobradas muestras de nuestra capacidad de dar la lucha en varios frentes, como se dice en la jerga. Por eso, para ser justos, habría que hacer una aclaración: más arriba se dijo que las aulas, en tanto espacio de encuentro y producción, habían sido el escenario de estas jornadas. Las aulas y la calle deberíamos precisar, aunque bien sabemos que nuestras aulas no son un

espacio físico sino aquello que se crea en cualquier lugar que se despliegue la praxis del conocimiento. Nuestro mejor tributo a Marx en el centenario de la Reforma Universitaria de Córdoba.

Todo lo académico es político

Muchas veces los homenajes “academicistas” se diluyen en apuestas que se blindan en una vacua estética de la erudición, en la auto referencia, en la fijación de límites que más temprano que tarde cierran en lugar de ampliar sus horizontes. Sin embargo, toda lectura es política, y hacer explícito este carácter inherentemente político se hizo presente, mediante la práctica conjunta, para recordar, homenajear y hasta celebrar un pensamiento seminal como el de Marx. Por eso, las jornadas fueron un intento por pensar a Marx y un pensar cómo pensamos a Marx, sacudiendo prácticas remanidas. En la misma línea, y como contrapartida, sería ingenuo no advertir la contraposición de lecturas, los antagonismos. Sin embargo, la dimensión de la política que nos interpela principalmente, es la posibilidad de crear colectivo, para, desde allí, explotar su potencia.

Profesores, auxiliares, estudiantes avanzados, estudiantes que recién inician su carrera, egresados, regresados, trabajadores, compañeros y compañeras no-docentes nos convocamos para hacer el ejercicio de crear colectivo. Desde ya que desde diversos lugares todos y todas aportamos al producto que se mostró en un contundente despliegue de actividades con enormes reflexiones y aportes y que procuraremos recuperar en actas multimedia en las que estamos trabajando. Es imposible nombrar a todos y todas, pero es posible reconocer algunos nombres propios que hicieron que esto fuera posible. Hicimos las Jornadas Marx: Ana Laura Lopez, Diego Raus, Ignacio Gonzalez Bozzolasco, Adrián Scribano, Alberto Bialakowsky, Alcira Daroqui, Alejandro Bialakowsky, Alejandro Kaufman, Alejandro Piqué, Ana Beatriz Villar, Ana Clara Barandela González, Andrés Mangone, Antonella Coullery, Ariel Pennisi, Cecilia Feijoo, César Villena, Christian Castillo, Claudia Morales, Claudio Zusman, Coco Pinola, Damián Kennedy, Dana Rosenzvit, Daniel Feierstein, Diego Álvarez Newman, Diego Gerzovich, Eduardo Weisz, Emiliano Álvarez Sotillo, Érica Vinagui Lauga, Ezequiel Ipar, Fabián Fernández, Facundo Rocca, Fernando Cazón, Florencia Juárez Moyano, Gabriel Calvi, Gabriel Ignacio Rivas, Gabriela Bukstein, Gabriela Strocovsky, Gastón Caligaris, Guadalupe Passadore Tommasi, Héctor Bidonde, Hugo Lettieri, Hugo Lewin, Hugo Suárez, Iván Kitay, Javier Waiman, Jorge Saborido, José Salvador Cárcamo, Juan Iñigo Carrera, Juan José Nardi, Julián Asiner, Julian Rebón, Laura Pulleiro, Leila Romero, Luca Janczewski, Lucas Rubinich, Lucas Volpintesta, Luz Montelongo, Magdalena Defferrari, Malena Silveyra, Marcela Croveto, Marcelo Urresti, Marcos López, Margarita Caruso Stefanini, María Maneiro, Mariana de Gainza, Mariano Scheinsohn, Marisa Duarte, Martín Schiappacasse, Mateo Suster, Matías Piccinelli, Miguel Ángel Forte, Natalia Silva, Néstor Kohan, Nuria Giniger, Pablo Augusto Bonavena, Pablo Lopez Fiorito, Pablo Nocera, Pablo Pellegrino, Pablo Romá, Paz Vila Navarro, Raúl Cerdeiras, Roberto Tarditi, Rodolfo Elbert, Rodolfo Márques, Rodolfo Souza Ortega, Rodrigo Salgado, Rodrigo Steimberg, Santiago Gándara, Santiago Roggerone, Sebastián Guevara, Sergio Emiliozzi, Sergio Szulman, Silvia Pérez Fernández, Tamara Seiffer, Verónica Giordano, Violeta Bruck, Walter L. Koppmann, Virginia Ballesteros y quien suscribe.

A todas, todos y todes, gracias. Al gran Karl Marx, salud.